

ORÍGENES DE UNA DISIDENCIA. MANUEL SACRISTÁN EN LAS REVISTAS *ESTILO* Y *QUADRANTE*

MARÍA FRANCISCA FERNÁNDEZ CÁCERES

Universidad de Cádiz
mariafrancisca55@gmail.com

(Recepción: 04/09/2012; Revisión: 16/11/2012; Aceptación: 23/05/2013; Publicación: 06/06/2014)

1. INTRODUCCIÓN.-2. FALANGISMO CRÍTICO: DOS UNIDADES GENERACIONALES.-3. MODIFICACIONES DEL CAMPO POLÍTICO.-4. RUPTURA Y CONTINUIDAD DEL CAMPO FILOSÓFICO.-5. LA UNIVERSIDAD ENTRE EL DERECHO Y LA FILOSOFÍA.-6. EL FALANGISMO CRÍTICO DE SACRISTÁN Y LAS GENTES DE *ESTILO* Y *QUADRANTE*.-7. PERFILES DE LA BELIGERANCIA.-8. CONCLUSIÓN.-9. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo analizar una etapa poco conocida de la trayectoria del filósofo y político Manuel Sacristán Luzón, su etapa de joven falangista. Para ello se analiza su colaboración en dos revistas del Sindicato Español Universitario (SEU), la revista *Estilo* y la revista *Cuadrante*. La metodología utilizada implica una doble perspectiva que abarca y pone en relación tanto el análisis textual como el análisis contextual. Este enfoque permite apreciar el auge y decadencia de la recepción de la «utopía» falangista en la generación de posguerra y entrega algunas pistas necesarias para comprender las condiciones históricas de la introducción del marxismo en España.

Palabras clave: Falange; franquismo; Manuel Sacristán; SEU; filosofía española; sociología de la filosofía.

ORIGINS OF A DISSENT. MANUEL SACRISTÁN IN THE MAGAZINES *ESTILO* AND *QUADRANTE*

ABSTRACT

The purpose of the present article is to analyze a little known period of the trajectory of the philosopher and politician Manuel Sacristán Luzón, his years as a young

Falangist. For that, we analyzed his collaboration with two magazines of the Sindicato Español Universitario (SEU), *Estilo* magazine and *Cuadrante* magazine. The methodology used implies a double perspective which covers and relates not only the textual analysis, but also the contextual analysis. This approach allows to appreciate the boom and decadence of the reception of the Falangist «utopia» in the postwar generation and gives some hints needed to understand the historical conditions of the Marxism introduction into Spain.

Key words: Falange; Francoism; Manuel Sacristán; SEU; Spanish philosophy; Sociology of Philosophy.

* * *

1. INTRODUCCIÓN

El tránsito desde el falangismo hacia posiciones de izquierda o afines a ella es, en España, un fenómeno que se da de forma más o menos paralela –aunque condicionado por contextos heterogéneos– en dos unidades generacionales distintas. En este artículo abordaremos los orígenes de la disidencia política en la generación de posguerra desde la figura del filósofo Manuel Sacristán. Lo haremos desde una perspectiva histórico-contextual, dibujando los ámbitos políticos e intelectuales en los que fue posible este tránsito ideológico. Sobre este soporte analizaremos los textos de las revistas *Estilo* y *Cuadrante* y veremos cómo estos pueden interpretarse en un momento intermedio entre un falangismo crítico y un falangismo en crisis.

2. FALANGISMO CRÍTICO: DOS UNIDADES GENERACIONALES

El concepto de generación suele generar cierto rechazo. Generalmente se le acusa de tender al reduccionismo y se minusvalora su capacidad explicativa atribuyéndole una supuesta cualidad homogeneizadora que le haría incapaz de asir la diversidad. El concepto de generación puede mostrar toda su fertilidad como herramienta analítica cuando se le define claramente y por tanto se es consciente de sus límites. Hablamos de *unidad generacional* siguiendo la teoría de Mannheim (1) que establece tres niveles de análisis para el problema de las generaciones. En un primer nivel Mannheim define la *posición generacional* como un macrocontexto histórico-biológico que hace posible la *conexión generacional*. Esta implica una forma compartida de estar respecto a una situación histórico-social, es decir, un mismo marco de referencia o conjunto de posibilidades que puede permitir «una potencial participación en

(1) MANNHEIM (1993): 193-242.

sucesos y vivencias comunes» (2). Por último, dentro de las opciones que posibilita una determinada *conexión generacional*, la *unidad generacional* va a singularizar la toma de posición de los agentes ante una situación o acontecimiento. Ahora bien, sostenemos con Bourdieu que toda posición en el espacio social implica una cierta forma de percibir y valorar la realidad. Forma de «apreciación y percepción» que al operar según una lógica práctica, en el choque con el mundo, nunca reproduce unívocamente esta matriz cognitivo-corporal. Pues bien, el concepto de unidad generacional, leído bajo este filtro, no tendría entonces que interpretarse forzosamente como un factor de radical homogeneidad. Cuando Mannheim (3) habla de «un modo de reaccionar unitario» ante un acontecimiento, nosotros vamos a entenderlo, siguiendo a Bourdieu (4), en relación a un marco común de interpretación, derivado de unas condiciones objetivas similares, que producen condicionantes subjetivos análogos, y que por lo tanto *pueden producir* respuestas semejantes ante un acontecimiento determinado. El concepto de unidad generacional hace más bien atención a la mutua referencia de un grupo con conciencia de sí, donde la opinión o posicionamiento de cada integrante cuenta en la definición individual con respecto al grupo.

Dentro de la posición generacional que delimita la Guerra Civil, diferenciamos, siguiendo a Moreno Pestaña (5), una unidad generacional concreta: «el grupo de Burgos», fracción del núcleo duro de Falange –emblemáticos son Ridruejo, Laín y Tovar–, intelectuales y poetas decepcionados por la flaca fascistización del régimen. Esta unidad generacional o fracción del falangismo recorrerá un camino hacia la disidencia, que desde la suave crítica a la pobreza política e intelectual de un régimen que cada vez les fue alejando más de las posiciones de poder, pasaron por una reformulación de su viejo falangismo hacia posiciones liberales únicamente después de haber perdido tanto la batalla política (6) como la batalla intelectual (7).

En el caso de Sacristán y los jóvenes falangistas, que eran niños durante la Guerra Civil, el tránsito ideológico –en el cual ambas unidades generacionales confluyen en la crisis de 1956– si bien recibirá el influjo cultural y político de la generación precedente, estará, sin embargo, delimitado por otros condicionantes. Otro conjunto de posibles (Bourdieu) o *conexión generacional* (Mannheim), que configurarán la trama en la cual es posible la disidencia dentro de las mismas filas joven-falangistas.

(2) MANNHEIM (1993): 216.

(3) MANNHEIM (1993): 225.

(4) BOURDIEU (1997): 166; (2005): 180.

(5) MORENO PESTAÑA (2011): 122.

(6) THOMAS (2001): 264-276; JULIÁ (2007): 172; (2004): 397.

(7) MORENO PESTAÑA (2011): 138.

3. MODIFICACIONES DEL CAMPO POLÍTICO

Los primeros años de universidad de Sacristán ven la derrota de los fascismos europeos. El desenlace de la II Guerra Mundial marca un antes y un después para la política española en general y para la vida del SEU en particular. No obstante, como es lógico, existieron factores internos que condicionaron este punto de inflexión que solo encuentra sentido como proceso. Veamos brevemente una síntesis.

Franco había tenido que enfrentar las tensiones entre los distintos grupos que conformaron el bando nacional desde el momento mismo de la unificación el 19 de abril de 1937. Las diferencias que más o menos se solaparon en la urgencia de la guerra, comenzaron a manifestarse una vez alcanzada la victoria. En lo que respecta al partido fascista, la relación conflictiva con el nuevo régimen de Franco tiene un temprano origen. A comienzos de 1941 se había producido una primera crisis en el nuevo Estado. Este episodio consistió, a grandes rasgos, en una ofensiva por parte de los *legitimistas* –Pilar y Miguel Primo de Rivera, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo, José Luis Arrese Magra, Gerardo Salvador Merino, entre otros– más Serrano Suñer –entre impulsado y presionado por los anteriores– que intentaron vanamente hacerse con el poder del Estado a través de un conjunto de alegatos y dimisiones que tuvieron lugar entre marzo y mayo de 1941. Al descontento por la no intervención de España en la II Guerra se sumaba el problema fundamental de la marginación del proyecto fascista originario. La crisis se resolvió de tal manera que el legitimismo se dividió en dos sectores: los que insistieron en su intransigencia, es decir, los que no aceptaban la sumisión pues consideraban que el papel de Falange en la dirección del Estado debía ser hegemónico –Salvador Merino, Antonio Tovar, Pedro Laín y Dionisio Ridruejo–; y aquellos que acomodaron sus expectativas a cambio de sendos ministerios (8) –Miguel Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas, Valdés Larrañaga, José Antonio Girón y José Luis Arrese Magra, claro–.

Las consecuencias de este episodio, como bien ha explicado Thomàs (9), señalaron «el inicio de un primer proceso de desfascistización limitada» que se incrementará con la deriva de la guerra, la salida de Serrano del escenario polí-

(8) Según THOMÀS (2001): 273, finalmente la crisis acabó cuando Franco tomó la iniciativa de negociar directamente con los legitimistas sublevados –«al parecer [Franco] había llamado a Miguel Primo de Rivera, José Antonio Girón y José Luis Arrese, ni más ni menos que para ofrecerles carteras ministeriales»– sin la mediación de Serrano Suñer. La crisis de la que Franco supo salir gracias, en parte, a su habilidad para mantener los equilibrios, en parte, a la transigencia de algunos legitimistas ante las circunstancias, llevó a la formación el 19 de mayo de 1941 de un nuevo gobierno. Arrese, que fue nombrado ministro secretario general del Movimiento, inaugura una etapa de colaboración con Franco que a la vez que incrementaba el poder de FET de la JONS dentro del régimen, cerraba la posibilidad de que el fascismo-falangismo más radical pudiese suplantar a Franco en la dirección del Estado.

(9) *Ibid.*, 277-278.

tico y la marginación de los serranistas más radicales. Tras la crisis, la reorganización del Estado puso a Arrese a la cabeza de Falange y se inauguró una nueva etapa de colaboración con Franco, la cual, no obstante, casi desde el comienzo, estaba ya encaminada a su fin.

La inminencia de la derrota del Eje, luego tras ella, la presión por una posible restauración de la monarquía, la reorganización republicana exiliada en México y la tensión internacional, pusieron el escenario en el cual el proyecto y la retórica fascista ya no tuvo cabida para la línea oficial franquista. Como ha dicho Santos Juliá (10) tras la II Guerra «la sustancia católica del régimen pasó a ser su primera credencial ante el exterior». Lo cual implicó, en el interior, la apertura de mayores espacios de poder a ciertos sectores dirigidos desde Acción Católica –su presidente Alberto Martín Artajo pasó a ser ministro de Relaciones Exteriores, este, junto a Fernández Ladrera en Obras Públicas se sumaba a Ibáñez Martín en Educación (11)–; en detrimento del sector falangista que hasta entonces había colaborado con Franco. Arrese es cesado de la Secretaría General del Movimiento que permanecerá vacante hasta 1948 cuando sea cubierta por Fernández Cuesta (12).

Ahora bien, dentro de este panorama y acercándonos al contexto de Sacristán, debemos revisar cómo este afectó al Sindicato Español de Estudiantes. El SEU de posguerra tuvo que adaptarse al proceso de desfascistización emprendido por Franco ante la nueva situación mundial. De su definición revolucionaria y combativa, consolidada durante la Guerra Civil, pasó a una mucho más burocrática y funcional, aunque sin variar su función de «control y represión» (13). Más aún, esta función se vio incrementada por las expectativas que la derrota del fascismo abría para los que creyeron ver con ella próximo el fin del régimen (14). El desconcierto y la desorganización tras la victoria de los sublevados, pero sobre todo la virulencia de la represión ejercida sobre los vencidos en la inmediata posguerra, volvió prácticamente imposible cualquier intento de organización. No obstante, alentados por la derrota de Hitler, modestos brotes de disidencia surgieron en Madrid y Barcelona. Así, entre 1946 y 1947 reaparecieron fugazmente organizaciones universitarias republicanas –algunas promovidas por el PCE clandestino–, como la FUE (Federación Universitaria Escolar). En Barcelona apareció a fines de 1944 el *Front Universitari de Catalunya* (FUC) con un

(10) JULIÁ (2007): 172.

(11) *Ibid.*, 176.

(12) Durante este tiempo el vicesecretario Rodrigo Villar Téllez ejerció una discreta función subrogante. RUIZ CARNICER (1996): 180.

(13) HERNÁNDEZ *et al.*, (2007): 82.

(14) «1946 y 1947 son los años de máxima expresión del movimiento armado contra la dictadura. En la ciudad (Madrid y Barcelona) y sobre todo en el monte, este movimiento en el que se mezclaban un numeroso grupo de huidos por la represión y escasos cuadros políticos, estuvo dirigido, orientado y alimentado por hombres del Partido Comunista de España». MORÁN (1986): 177.

perfil mayoritariamente catalanista y cristiano y en marzo de 1946 la *Federació d'Estudiants de Catalunya* (FNEC) «abierto a diversas tendencias pero no así al PSUC» (15). En este mismo ámbito aparecieron en la segunda mitad de la década de 1940 tres revistas hechas por universitarios barceloneses: *Curial*, *Ictini* y *Fòrum*. Eran revistas redactadas en catalán en las que se escucharon las primeras y tímidas notas de crítica al régimen (16). Pero hacia 1947 los dirigentes de la FUE se hallaban en la cárcel o en el exilio y las organizaciones catalanas fueron disueltas ese mismo año. A pesar de la nueva fachada del régimen la función represiva de SEU no mermó. Desde 1943, producto de la Ley de Ordenación Universitaria (LOU), la sindicación fue obligatoria para todos los estudiantes, obteniendo así el SEU no solo el monopolio de la representación política, sino también, el relativo a los ámbitos de acción cultural y asistencial en la universidad (17). En la prensa del SEU la derrota del Eje se presentó estratégicamente como un acierto del caudillo que habría sabido mantener a España al margen de la sangría europea (18). Los jóvenes falangistas creyeron o quisieron creer, por un momento, que Franco podía tomar el lugar de José Antonio en la dirección de su revolución. Pronto verían la imposibilidad de aquello.

Durante la década de 1940 las instituciones juveniles que estuvieron a cargo de Falange unificada —el Frente de Juventudes y el SEU—, vivían una doble vida dentro del franquismo: como órganos instrumentales del régimen velaban por el formal cumplimiento de sus normas y valores y eran su estandarte visible en actos y manifestaciones. Como brazo juvenil de la vieja Falange reproducían la doctrina propiamente falangista-fascista paulatinamente relegada dentro del régimen. Estas organizaciones, en parte por su doble naturaleza falangista-franquista, en parte por la heterogeneidad de su composición —heredada de la heterogeneidad de las derechas del periodo republicano—, presentaban una realidad compleja que ofrecía múltiples canales de acción. Según Colomer i Calsina (19) la universidad barcelonesa de 1940 estaba poblada principalmente por jóvenes falangistas catalanes y no catalanes traídos allí a causa de la guerra —como es el caso de Manuel Sacristán—, «hijos de burgueses e industriales también catalanes cuyas familias no fueron nunca falangistas ni fascistas pero que desde 1936» simpatizaron con el bando nacional —como es el caso de la familia de José María Castellet—. Minoritariamente representados estaban los jóvenes monárquicos, republicanos y catalanistas. La diversidad que suponía la sindica-

(15) HERNÁNDEZ *et al.*, (2007): 92-96.

(16) HERNÁNDEZ *et al.*, (2007): 97.

(17) RUIZ CARNICER (1996): 411. Carnicer (1996) destaca el papel asistencial del SEU en momentos en que el Estado se desentendía de estos asuntos; comedores universitarios, seguro escolar y becas para viajes de estudio al extranjero eran ocupación del SEU. Estas últimas jugaron un papel objetivo en la europeización intelectual de la generación de Sacristán, quien recibió él mismo una beca del SEU para ir a Alemania en el verano de 1950. CASTELLET (2010): 32.

(18) RUIZ CARNICER (1996): 180.

(19) COLOMER I CALSINA (1978). Citado en HERNÁNDEZ (2007): 81.

ción obligatoria y las diferentes facetas del SEU político, cultural y asistencial, permitían distintas formas y grados de implicación. En Barcelona esta organización, que debía ser semillero de cuadros administrativos y políticos, engendró espacios de disidencia interna a través de empresas culturales animadas por jóvenes falangistas –en las que, sin embargo, también participaron no falangistas–. Es el caso de las revistas en las que participó Manuel Sacristán en sus años de universitario: *Estilo*, *Cuadrante* y *Laye*. En ellas se comienza a manifestar una crítica, que primero se dirigió hacia el régimen franquista, para paulatinamente comenzar a cuestionar aquella «revolución» que tendrían perpetuamente pendiente (20). Pero antes de entrar en ellas es necesario revisar las consecuencias que la Guerra Civil tuvo en el ámbito intelectual y cómo el nuevo panorama condiciona el contexto del joven Sacristán y las revistas en las que participó.

4. RUPTURA Y CONTINUIDAD DEL CAMPO FILOSÓFICO

La Guerra Civil había modificado profundamente el campo político e intelectual desdibujando temporalmente las fronteras entre ambos. Significó para algunos, los vencedores, la «apertura de abundantes puestos universitario e intelectuales» (21) para otros, los vencidos, significó la muerte, el exilio o el ostracismo intelectual. Dentro de los que vieron modificada favorablemente su carrea institucional o intelectual comenzaron a manifestarse diferenciaciones que, según las investigaciones de José Luis Moreno Pestaña (22), están vinculadas a dos cuestiones fundamentales: de una parte, «los conflictos previos a la Guerra Civil entre redes orteguianas y redes no orteguianas que acceden a la enseñanza previa laminación de aquellas». Las redes católicas provenientes de la filosofía gestada en el seno de la Iglesia posibilitaban el desarrollo de trayectorias sociales modestas –es el caso de Yela Utrilla, Ángel González Álvarez y Sergio Rábade– y consolidan un modelo filosófico en pugna con el modelo orteguiano. Por otra parte, el conflicto entre filósofos que acceden al centro de la institucionalidad y filósofos ubicados en disciplinas y espacios marginales, agrupados principalmente en torno a Xavier Zubiri –por ejemplo: Javier Conde, Enrique Gómez Arboleya, Pedro Laín– que es a su vez una extensión de la red orteguiana singularizada en su discípulo más notable.

(20) Creemos que para el caso del tránsito ideológico de Manuel Sacristán se puede diferenciar tres etapas: la primera, es la que describimos aquí y se caracteriza fundamentalmente por la elaboración de una crítica falangista al régimen. La segunda etapa, se corresponde con la aparición de la revista *Laye* y se caracteriza por una crítica matizada ya al propio falangismo, para esta etapa véase BONET (1994): 271 y FERNÁNDEZ (2011). Finalmente la ruptura llega entre 1954 y 1956, fechas en las que Sacristán viaja a Alemania a estudiar Lógica simbólica y tiene contacto directo con militantes marxista-comunistas.

(21) MORENO PESTAÑA (2006): 79.

(22) MORENO PESTAÑA (2013): 52.

El referido trabajo de Moreno Pestaña (23) que citamos, muestra cómo, producto de la depuración política e intelectual que se produjo tras la victoria del bando nacional, a la vez que se oficializa la red filosófica católico-tomista accediendo al centro de la institucionalidad –casos destacados como Yela Utrilla o Muñoz Alonso eran también fervientes falangistas–, se abrieron espacios más o menos marginales a aquellos que habiendo estado vinculados con la República modifican su compromiso político y logran «superar» la depuración. Algunos de estos intelectuales, como Conde, Arboleya, Laín y Aranguren, se habían socializado en el estado del campo anterior a la Guerra Civil donde dominaba el modelo orteguiano de la universidad republicana. Como sostiene Moreno Pestaña la suspensión institucional del modelo orteguiano no «disolvió [...] su poder de atracción intelectual» (24), que permaneció aún vigente tras la crisis. Por lo cual, en líneas generales, durante la década de 1940 y la primera mitad de la década de 1950 la alternativa intelectual a la filosofía tomista oficializada por el régimen fue el falangismo orteguiano-zubiriano.

Tener presente este panorama resulta fundamental para comprender el marco de posibles intelectuales y políticos en los que se movieron los jóvenes nacionalistas en la posguerra. Sin él no se entiende bien la crítica que, como veremos en detalle, comienza a manifestarse en la prensa del SEU, ni la vindicación de Ortega por parte de los jóvenes de *Cuadrante* frente a la pobreza intelectual del régimen. La crítica que comienza a aparecer en las revistas *Estilo* y *Cuadrante* es aún una crítica elaborada desde dentro de la ideología falangista. En ella se entreveran motivos sociales, culturales y políticos, que se dirigen principalmente hacia las miserias del franquismo y evidencian un periodo de desorientación y de búsqueda, en el cual el falangismo aún pudo mantenerse en pie, aunque no por mucho tiempo, como alternativa ante Franco.

En Barcelona, el contexto de socialización donde comienza a gestarse este incipiente malestar se configura en torno a la universidad, específicamente entre la Facultad de Derecho y la de Filosofía y Letras. Veámoslo.

5. LA UNIVERSIDAD ENTRE EL DERECHO Y LA FILOSOFÍA

Tras la Guerra Civil Manuel Sacristán retoma sus estudios de bachillerato concluyéndolos en el curso 1943-1944. Tras aprobar el Examen de Estado el 22 de julio de 1944 (25) entra en la Universidad de Barcelona a estudiar la carrera

(23) Para este tema es indispensable MORENO PESTAÑA (2013). En este libro se abordan las diferentes formas en que la Guerra Civil alteró las trayectorias intelectuales e institucionales y sus repercusiones sobre el estado del campo intelectual. Para un detallado estudio de la «transición filosófica» véase VÁZQUEZ GARCÍA (2009).

(24) MORENO PESTAÑA (2011): 198.

(25) Documentación sin clasificar, puede consultarse en el Archivo de la Universidad de Barcelona, fondo Manuel Sacristán.

de Derecho, siguiendo el deseo de su padre, que esperaba que el primogénito siguiera como él la carrera diplomática en la administración franquista (26). Tras dos años en Derecho Sacristán decide cambiarse a Filosofía y Letras. En un periplo que va desde el curso 1944-1945 hasta el curso 1952-53, es decir en nueve cursos académicos, Sacristán termina las dos licenciaturas en las que se había embarcado. Hay que tener en consideración que a la altura de 1949 Sacristán enferma gravemente de tuberculosis, enfermedad por la que pierde un riñón. No obstante el evidente retraso que este incidente causó, no parece que Sacristán hubiese tenido gran urgencia por entrar prontamente a la vida profesional. A pesar de que el Derecho no le convencía del todo continuó con la carrera simultaneándola con Filosofía hasta acabar ambas en 1953. Cuanto terminó Derecho no solicitó su certificación académica sino hasta el 6 de julio de 1973 (27).

Las tomas de posición que hemos descrito en el párrafo anterior demarcan un ámbito de socialización y algunos vértices de la trayectoria intelectual de Sacristán ante los cuales cabe plantearse algunas preguntas. ¿Qué posición ocupa la Filosofía en el ámbito de la producción cultural? ¿Qué relación se establece entre los estudios de Derecho y los de Filosofía y Letras?

La primera pregunta ya ha sido en gran medida respondida en el apartado anterior que remite a las investigaciones de Moreno Pestaña: antes de la Guerra Civil la potencia de la Escuela orteguiana de Madrid y la figura arquetípica de Ortega como filósofo comprometido con los asuntos públicos y con una importante presencia en la prensa, había ayudado a constituir a la Filosofía como disciplina dominante en el campo de la producción cultural (28). Por lo demás, tras la victoria de Franco la filosofía se entendió como parte fundamental de la constitución ideológica del nuevo régimen. El sistema educativo, secundario y universitario, quedó organizado bajo las pautas de la campaña neotomista y antimodernista que llegaba desde el Vaticano (29). Estos dos elementos condicionaron que a la altura en que Sacristán y sus compañeros realicen su periplo universitario la Filosofía representase la disciplina dominante en el ámbito del saber.

Respecto a la segunda pregunta, sabemos que fue en la universidad donde Sacristán pasa a formar parte destacada de una unidad generacional que se gesta principalmente en torno a la Facultad de Derecho –destino común de muchos de los hijos de la burguesía media y alta que usaban la academia como una forma de reproducción social–, y a la de Filosofía y Letras –interés soterrado que reunió a estos jóvenes muchos de los cuales colaborarían luego en la revista *Laye*–. En la universidad el círculo que se había formado en el Instituto Bal-

(26) Según ha relatado Antonio Sacristán. LÓPEZ ARNAL (1996): 292.

(27) Documentación sin clasificar, puede consultarse en el Archivo de la Universidad de Barcelona, fondo Manuel Sacristán.

(28) Véase ESTRELLA (2011a).

(29) MORENO PESTAÑA (2013): 24.

mes (30) se amplía: José María Castellet (31) describe a un grupo de jóvenes sin mayor interés por el derecho, sí en cambio «con grandes inquietudes culturales [...] y, en algunos casos, político-culturales». Carlos Barral, por su parte, ha escrito que «tras las bambalinas del derecho estaba la literatura y otras frívolas vocaciones» y que en el bar y en los patios de la facultad se podía ver a personajes como Alfonso Costafreda, Jaime Ferrán, Jaime Gil de Biedma, José María Castellet, Manuel Sacristán, el poeta Joan Brossa, el filósofo Arnau Puig y al pintor Tapiés, entre otros (32). Provenientes la mayoría de la pequeña y alta burguesía nacionalista o cercana al nacionalismo y dotados de un capital cultural importante, estos jóvenes estaban inclinados por su origen social al estudio del Derecho. Esta carrera, tradicionalmente vinculada al poder político, les permitía reproducir o mejorar su posición social. No obstante, entre fines de 1940 y comienzos de 1950, el desgaste de la ideología falangista, por un lado, y las miserias de franquismo, por otro, comenzaban a socavar los proyectos de futuros abogados que muchas familias habían programado. Estos jóvenes comenzaron a reunirse alrededor de intereses mucho más «frívolos» y «literarios», intereses culturales y «político-culturales» que les irían diferenciando y alejando de los poderes establecidos (33). Así la filosofía y las letras funcionaban exactamente como la contra cara del derecho en el contexto amplio de una cultura dominante: la posición simbólica de los estudios de filosofía y letras representa un polo dominado –del ámbito de lo gratuito, poco práctico y femenino– dentro de un contexto dominante –ejercicio de adquisición cultural que solo permite una relación desasosegada con las necesidades materiales–, que se contrapone con la posición doblemente dominante (dominante dentro del ámbito dominante) de los estudios de Derecho; es decir, dominante desde la perspectiva del capital económico y político (una carrera que puede dar acceso al capital económico y a las instancias de administración estatal) y dominante desde la perspectiva de la división sexual de trabajo (vinculada a lo práctico, serio y masculino) (34).

Las inquietudes literarias y político-culturales empezaron entonces a plasmarse en la prensa del SEU. No deja de ser cierto que, como sostienen José María Castellet (35) y Juan Ramón Capella (36), estas eran en el contexto las

(30) José María Castellet, Jesús Núñez y Manuel Sacristán eran vecinos y compañeros en el Instituto Balmes de Barcelona.

(31) LÓPEZ ARNAL (1996): 314.

(32) BARRAL (2001): 222.

(33) Otros contextos conocieron condiciones de posibilidad similares, que al parecer podrían ser una constante en la disidencia de la intelectualidad falangista de la generación de posguerra. Véase el caso de Jesús Ibáñez y su experiencia en el Colegio Mayor César Carlos: crítica al régimen de Franco, alejamiento de SEU, «alto capital cultural combinado con una desafección material y simbólica respecto de los poderes establecidos». MORENO PESTAÑA (2008): 57-65.

(34) Para un par de ejemplos donde operan estas clasificaciones véase ESTRELLA (2011b): 69 y MAUGER (2006) en MORENO PESTAÑA y VÁZQUEZ GARCÍA (2006): 41.

(35) CASTELLET (2010).

(36) CAPELLA (2005).

únicas vías posibles de participación cultural. No obstante, hay que tener en cuenta también que la participación en las revistas de SEU –especialmente en el caso de Sacristán– era la vía propia del ambiente falangista-nacionalista no exento de tensiones de sus principales colaboradores. *Estilo* y *Cuadrante* fueron, pues, revistas falangistas en toda regla, como ha quedado inmortalizado en sus páginas por más que la memoria tienda a relativizar la vinculación de algunos de sus participantes con ideología falangista (37). Claramente en estos años la crítica de los jóvenes falangistas revolucionarios como Sacristán, García-Borrón o José A. Revilla encontraba resistencia en la línea oficial del SEU. Precisamente por ello se singularizan como falangistas radicales, ante toda política vencida «por su propia contradicción» –el fascismo europeo– o domesticada ante la burocracia franquista. El falangismo revolucionario, doblemente idealizado ante las adversidades internas y los errores externos, fue durante algunos años un expediente verosímil como alternativa ideológico-política.

La huella documental que ha quedado en estas revistas del SEU nos permite analizar la postura del joven Sacristán dentro de un marco y una evolución compartida con muchos de sus contemporáneos. En este proceso podemos ver dos etapas diferentes: primero, un falangismo crítico que paulatinamente dará marcha a una crítica al falangismo después –y al posterior paso a la izquierda en la década del 1950–. La primera etapa que caracterizará las entregas de *Estilo* y *Cuadrante* entre 1944 y 1947 es la de un falangismo crítico con el régimen.

6. EL FALANGISMO CRÍTICO DE SACRISTÁN Y LAS GENTES DE *ESTILO* Y *QUADRANTE*

Todo parece indicar, siguiendo los relatos memorísticos y las investigaciones de Jordi Gracia (38) y Laureano Bonet (39), que hay una continuidad entre *Estilo* y *Cuadrante*, extensible hasta *Laye*. En efecto, la primera etapa de *Estilo* (40), que contó con veintiséis números, se extendió desde el verano de 1944

(37) Creemos hay una generalizada tendencia, comprensible, a relativizar la etapa falangista en muchos intelectuales de la generación de Sacristán. La tendencia común pone énfasis en los elementos menos corrosivos de la ideología, presentándola como si hubiese sido exclusivamente –que también en parte lo fue– un elitismo cultural, radical, romántico y revolucionario frente al capitalismo y al franquismo.

(38) GRACIA (1993).

(39) BONET (1994).

(40) La colección de *Estilo* que se conserva en la Biblioteca Nacional es muy fragmentaria. Trabajamos especialmente sobre los primeros veinticinco números (1944-1946). Tras esta primera etapa vendrá una segunda dirigida por Jesús Núñez que se desarrolló durante 1948 y 1949. Las entregas de esta segunda etapa, según informa JORDI GRACIA (1993): 49, no fueron numeradas. La más temprana localizable data de junio de 1948 y no hay constancia de que haya participado Sacristán en ella. Sí aparece en esta segunda etapa la firma de Castellet, Carlos Barral y Alfonso Costafreda, RIERA (1988): 125. En la Biblioteca Nacional se pueden encontrar nuevas ediciones

hasta mayo de 1946. El mismo año de 1946 apareció *Cuadrante*, revista que contó solamente con cuatro entregas, la última fechada en mayo de 1947.

Estilo comienza a publicarse en el verano de 1944, según Gracia (41), como la continuación de *Alerta* (42) «en una clara voluntad continuista en la composición y tratamiento gráfico de la revista». García-Borrón colabora asiduamente en ella y probablemente en parte por esto y en parte por su procedencia del Frente de Juventudes, fue nombrado director de la revista. García-Borrón recuerda haber sido él el que reclutó para su colaboración a «amigos escogidos; quizá los más activos y los más constantes [...] bien distintos entre sí: Manuel Sacristán, José M. Castellet, Jesús Ruiz». Sin embargo, Francisco Ferreras (43) asegura que Sacristán ya colaboraba en *Atajo*, *Ímpetu* y *Temple* y que a fines de 1944 –fecha en que Ferreras se hace cargo de las publicaciones de SEU–, había sido él mismo el que llama a Sacristán a colaborar en *Estilo*. Sacristán a su vez, siempre según Ferreras, habría invitado a Castellet. *Estilo* dejó de publicarse –según García-Borrón (44) por quedarse sin subvención–, siendo sustituida por *Cuadrante*.

En *Cuadrante* participaron, además de García-Borrón, Manuel Sacristán, José María Castellet y Jesús Ruiz, entre otros; siendo García-Borrón el director oficial de los tres primeros números. Cuando García-Borrón se marcha a Logro-

de la revista fechadas entre 1953 y 1955; 1958 y 1959, aunque de menor formato y sin rastro de sus antiguos colaboradores muchos de los cuales pasaran a *Laye*.

(41) GRACIA (1993): 51.

(42) En efecto, en el editorial de la primera página del número 1 (no aparece fecha, probablemente julio de 1944) figura lo siguiente: «Entre las tareas que la redacción de *Estilo* asume gustosa, figura con carácter fundamental la de saldar la deuda de suscripción que *Alerta* contrajo contigo».

(43) RIERA (1988): 71, 124. Eugenio Fuentes Martín y Francisco Ferreras fueron personajes claves de la jerarquía falangista en lo que respecta a su rol de intelectuales y posibilitadores de las publicaciones que revisamos. Eugenio Fuentes Martín fue un falangista de primera hora. Durante la guerra estuvo encarcelado y tras la ocupación de Barcelona fue nombrado secretario de la Organización Juvenil de Falange y luego delegado provincial del Frente de Juventudes. Paralelamente detentaba el cargo de decano del Colegio de Doctores y Licenciados de Barcelona, GARCÍA-BORRÓN (2004): 65. Durante la década de 1940 y la primera mitad de la década de 1950 estuvo al frente de múltiples cargos, la mayoría de carácter cultural. Fuentes Martín es recordado por las gentes de *Laye* como un hombre sumiso al franquismo, pero de gran curiosidad intelectual y respetuoso de las opiniones heterodoxas del grupo de jóvenes, a los que protegió de la censura, a la vez que se forjaba una carrera política en la admiración franquista, BONET (1988): 117. Francisco Ferreras, nacido en 1921, ocho años más joven que Fuentes Martín, era falangista desde los dieciocho, cuando, en sus palabras: «el clima heroico de la guerra, las banderas victoriosas y la ilusión de hacer una Revolución [mayúscula en el original] que redimiera a España de un pasado bochornoso nos enardeció», MARSAL (1979): 95. Ferreras fue el más cercano colaborador de Fuentes Martín. Ocupó desde los primeros años cuarenta cargos directivos en el Frente de Juventudes de Barcelona vinculados a actividades culturales y de propaganda. En 1948 fue abogado de las secciones sociales del Sindicato Vertical y más tarde en 1951, nombrado por Ruiz Giménez, secretario de la Delegación de Educación de Barcelona desde donde apoyó la publicación de *Laye*, MARSAL (1979): 95-100.

(44) MARSAL (1979): 133.

ño a hacer el servicio militar, la dirección pasaría a Sacristán (45). En realidad García-Borrón habla de una dirección «asamblearia» que se articulaba en torno al Bar Club, lugar de tertulias y de encuentro donde se preparaban los números de *Cuadrante* (46). La revista *Cuadrante*, de la cual como hemos dicho solo salieron cuatro números, fue un intento de emanciparse de las directrices oficiales del régimen y de un sector del SEU que se consideraba en decadencia y completamente domesticado por él. Finalmente, este afán de independencia determinaría su corta vida. Los números tres y cuatro, según García-Borrón (47), salieron «valiéndose inverosímilmente de un antiguo permiso de prensa» y fueron impresos, como consta en su contratapa, en la imprenta Diagonal ubicada en la calle Rosellón 262. Imprenta de la cual era copropietario, siempre según García-Borrón, el padre de Sacristán.

En la etapa de *Estilo* y *Cuadrante* que revisamos (1944-1947) las revistas eran un híbrido entre la propaganda política, el ensayo ideológico y el afán culturizante. Respecto a esto último, desde el primer número de *Estilo* podemos ver secciones de crítica musical, literaria y cinematográfica, pero sobre todo de poesía. Colaboradores como Francisco Salvá Miquel –recordando a un olvidado Gabriel Bocángel–, J. Arenas o Carlos Azcárate –comentando el último cine alemán–, o las aportaciones de Juan Eduardo Cirlot, Juan Perucho y Antonio Vilanova dan cuenta de ello. En la primera etapa de *Estilo* las páginas centrales se reservaban para una sección de poesía universitaria. La primera de ellas en *Estilo* número 1 (verano de 1944) aparece comentada por Dionisio Ridruejo. También podemos leer un poema de Ridruejo en el número 6 (26 de agosto de 1944, pág. 6) y un par de artículos suyos: el primero en el número 15 (20 de mayo de 1945) titulado «O todo o nada. Religiosidad o poesía» –mismo número en que aparecen dos artículos de Sacristán, «*Universitas, universitatem, universitatis...*» y «La hora de la confesión general y del propósito de enmienda» (48)–; el segundo, en el número 16 (3 de junio de 1945) titulado «Hechos y valores» (49). El vínculo entre ambas generaciones de falangistas críticos es evidente.

En cuanto a la cuestión estética aparecía condicionada por el trauma de la guerra y giraba en torno a los problemas del formalismo y la expresión emotiva. Un joven Antonio Vilanova expresaba en «Poesía 44» (50) el rechazo ante el retorno al

(45) GARCÍA-BORRÓN (2004): 79.

(46) BONET (1994): 241; GARCÍA-BORRÓN (2004): 7.

(47) GARCÍA-BORRÓN (2004): 76.

(48) Firmados E.L. (Enrique Luzón: segundo nombre y segundo apellido de Sacristán).

(49) En él Ridruejo defiende la «resistencia numantina» y «la resistencia a Napoleón» como muestras «del triunfo del honor, del valor y del heroísmo, la persistencia del espíritu sobre el instinto e incluso sobre la razón, frente a las tentaciones de llaneza y amoralidad de la existencia», página 5.

(50) En *Estilo* número 8, 20 de diciembre de 1944, p.10.

«clasicismo formal por su insinceridad más elaborada [que se] funde estrechamente con la más absoluta carencia de emoción humana [...] En Lorca o en Gerardo Diego, como antes en Unamuno o Machado, el molde clásico era el cauce sabroso en el que maduraba la más [...] estremecida sensibilidad».

Era un «retorno inteligente» el de Alexandre en *Sombra del paraíso* o el de Vicente Gaos en *Arcángel de mi noche*, frente a un formalismo vacío, que desde Baudelaire, el joven Vilanova consideraba «un inaceptable anacronismo poético» (51). La tensión entre formalismo *versus* emoción o comunicación *versus* conocimiento (52), que se pueden ya vislumbrar en *Estilo y Cuadrante*, va a ser el camino por el que discurrirá la teoría poética y artística en la década de 1950-1960 y será fundamental para comprender el contexto de *Laye* y el lugar de Sacristán en él. Pero esto será un poco más adelante.

En su adolescencia Sacristán había sentido un especial interés por Unamuno, interés vinculado principalmente al tema de la muerte, «de la muerte en vida» como sostiene García-Borrón (53), no solo de la muerte biológica. La exigencia ética e intelectual aparecía en el adolescente conectada a una concepción trágica de la vida, de la vida como inquietud y agonía, que encontraba su anclaje en una voluntad en sentido unamuniano entendida como «esperanza vital proyectada a lo eterno». Aunque ya en *Laye* no volveremos a encontrar la misma cercanía con Unamuno, en *Cuadrante* número 2 (extraordinario de año nuevo de diciembre 1946-47) Sacristán escribió un breve comentario de la *Elegía a la muerte de un perro* de Miguel de Unamuno. En él pone énfasis en el «agonismo» que «nace en el choque, al choque y por el choque de estos dos principios tan claramente aludidos en la *Elegía*: el intelectual desespero y la espiritual esperanza a la ibérica volitiva schopenhaueriana». Sabemos también por Castellet (54) que hacia 1950 a Sacristán le había impresionado la lectura de *Temor y temblor*, Kierkegaard. Hay, pues, una impronta en estos intereses de juventud que permanecerá junto a Sacristán: la inquietud –ya no desespero– intelectual y la voluntad, si no trágica, sí por lo menos dispuesta al sacrificio que implican las apuestas ambiciosas, acompañarán a Sacristán cuando ya se halle alejado de la retórica unamuniana y la «ibérica volitiva» falangista.

(51) En la misma línea, «La esencia de la música» por Juan Eduardo Cirlot (número 4-5, 22 de septiembre de 1944) defendía una concepción del arte como «expresión representada», como síntesis ente forma y emoción.

(52) Indispensable es *La escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma y Goytisolo: el núcleo poético de la generación de los cincuenta*, RIERA (1988). Las revistas que revisamos han sido estudiadas fundamentalmente por los citados filólogos (BONET, GRACIA y RIERA), por lo cual la temática estética y poético-literaria ha sido ya analizada en amplitud y con rigor. La síntesis que aquí presentamos obedece al objetivo de destacar algunos elementos significativos del «humor generacional» del que formó parte Sacristán.

(53) GARCÍA-BORRÓN (1987): 53.

(54) CASTELLET (2010): 34.

Como decíamos anteriormente, en la etapa de *Estilo* y *Cuadrante* que revisamos se entrecruzan aspectos políticos, ideológicos y culturales. Los aspectos políticos e ideológicos aparecerán con mayor intensidad en esta etapa, aunque como veremos, estos temas no dejan de estar vinculados a la problemática cultural en un sentido amplio.

7. PERFILES DE LA BELIGERANCIA

El posicionamiento de Sacristán en las revistas que revisamos es reivindicativo y beligerante. Mas esta beligerancia tenía dos perfiles diferentes aunque íntimamente relacionados entre sí. Por una parte, nos encontramos con un falangismo en crisis que, no obstante, no llega aún a renegar de la cultura nacionalista-falangista a pesar de la marginación de un sector de Falange y del fracaso de los modelos fascistas extranjeros. Por otra parte, hay una evidente disconformidad que deviene en crítica social y cultural ante un orden caduco que no se condice con la revolución soñada.

Sacristán y sus compañeros de *Estilo* y *Cuadrante* habían abrazado la profecía totalitaria de tal manera que reivindicaban sus elementos en teoría más revolucionarios, es decir, aquellos que se pensaba podrían transformar la sociedad franquista. Una incipiente conciencia generacional, que les desvinculaba de la vivencia de la guerra y la responsabilidad directa que ello implicaba, hizo posible que por un tiempo sintieran que su falangismo juvenil, crítico y cultural, fuese algo así como el «verdadero», como la «esencia» que se había perdido entre tanta decepción, muerte y confusión.

La crítica dirigida contra el franquismo llamaba a mantener encendida la llama revolucionaria «propia» de la juventud y reivindicaba un SEU político, activo y revolucionario, antes que un SEU exclusivamente universitario y burocratizado. Las gentes de *Estilo* querían diferenciarse de aquel «sector de camaradas que han querido convertir [al SEU] en un compartimento estanco» (55). Se reclamaba salvar el estilo heroico de la mano de Rafael García Serrano, que pedía a través de *Eugenio* «una resurrección. Una encarnación jubilosa y nueva de su alma» (56). La situación de crisis trae consigo la exaltación de los valores revolucionarios de Falange, ante la manipulación del «espíritu» joseantoniano por parte del Estado franquista y del sector falangista más complaciente con él. Aunque habría que matizar que en *Estilo* el énfasis crítico convivía con la retórica oficial, cuando no se tornaba en una fidelidad al caudillo al que le demandaban continuar en su persona el legado joseantoniano.

(55) *Estilo* número 17-18, junio de 1945, citado de GRACIA (1993): 54.

(56) J. R. [JESÚS RUIZ] «Ante la segunda edición de Eugenio», *Estilo* número 25, marzo de 1946, p. 6, citado de GRACIA (1993): 54.

En el editorial que apareció en portada del número 2 de *Cuadrante*, atribuido por Jesús Núñez (57) a Sacristán, podemos leer la vindicación del tópico falangista de la juventud salvadora:

«Nosotros somos nosotros [...]. Somos la juventud [...] Esa fuerza que mueve a los pueblos, que gana las batallas, que cubre con sus pechos todo el contorno de una nación cuando esa nación está en peligro, no puede aceptar tranquilamente el «dictado» de los que han rebasado la cincuentena».

El editorial evidencia claramente una interpretación generacional orteguiana revestida de la retórica falangista: los «cincuentones» como sostiene Bonet (58), pueden interpretarse tanto como «el conservadurismo pactista de la Lliga», la pasividad burguesa, los falangistas posibilistas enemigos de la verdadera juventud, el tradicionalismo católico o monárquico, o ambos; es decir, todo lo que en la derecha no fuese falangismo revolucionario en la línea de Ridruejo.

Lo que podemos leer *Estilo y Cuadrante* en general, y en las aportaciones de Sacristán en particular, es una invectiva contra las políticas franquistas que mantienen al pueblo en la hambruna y la ignorancia. La portada del primer número de *Cuadrante* del 5 de noviembre de 1946 se abre con un artículo sin autoría titulado «Una fortuna... Dos fortunas...», que continúa en el número 2 con «Y tras las fortunas las miserias». En estos artículos apenas se disimula la hostilidad frente a la política de racionamiento oficial:

«Hay una gran verdad, pese al silencio: si alguien quiere subsistir, necesita obligatoriamente de los recursos del mercado negro. Y las mismas raciones oficiales parecen reconocer la verdad de tal afirmación con su exigüidad lánguida y tradicional [...] al lado de esa falta de raciones oficiales existe una abundancia extraoficial [...] eso quiere significar nada menos que el espaldarazo oficial al estraperlo» (59).

Sacristán critica también la visión folklorizada del «buen pueblo», e incita a pasar de la retórica a la acción:

«demasiadas ideas, demasiado cerebro, demasiado sutilizar. Como que ante los problemas de España no cabe sutilizar. *Solo se está con ella o contra ella. Pero así, total, inexorablemente.* La Falange no precisa únicamente ideas cristalinas, no va en busca de aguas demasiado esterilizadas. Hay que ser más humanos más sensibles, descender de la torre de marfil. Descender... llegar al pueblo, comprenderlo y lograr su reivindicación social» (60).

(57) Este editorial del número 2 extraordinario de fin de año 1946-47 es atribuido por Jesús Núñez a Sacristán en entrevista a Laureano Bonet, BONET (1994): 215.

(58) BONET (1994): 256.

(59) *Cuadrante* número 1, 5 de noviembre de 1946, p. 3. Artículo sin firma de autor.

(60) «Agua destilada. Ideas purísimas», *Estilo* número 8, diciembre de 1944, p. 4. Este texto aparece sin firma; sin embargo, Salvador López Arnal (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=98885>) sostiene que el autor es Sacristán. El destacado es nuestro.

Este texto evidencia claramente la temprana radicalidad e intensidad con que Sacristán vivía la política, y también que esta radicalidad está vinculada a la exacerbación de los elementos sociales del falangismo. Sacristán critica el alcance limitado de la *Rerum Novarum*, la encíclica de León XIII que no llega a conectar con un pueblo (61) al que «antes los agitadores socialistas y comunistas les habían hecho sentir de verdad la problemática causa social. Que ellos están equivocados y su solución sea injusta no es problema que me planteo en estas líneas» (62).

Como podemos apreciar la reivindicación del componente social del falangismo es el expediente principal de la crítica de Sacristán al régimen. Es importante poner énfasis en ello, puesto que es precisamente este componente social del falangismo el que ha dado pie a interpretaciones paradójicas. Hay que recordar que el fascismo además de ser el modelo político del totalitarismo europeo y del fenómeno de masas que suscitó, fue, junto al marxismo, una posibilidad, una opción ante la crisis social y política del liberalismo capitalista de principios del siglo xx (63). El fascismo había entrado en España en el contexto de una cultura política liberal de fondo conservador y, en cuanto que fascismo, ensayaba –al igual que el marxismo-comunismo pero desde una elaboración teórica más pobre– una crítica al liberalismo en el cual el componente social era fundamental. No es que la cultura de preguerra aparezca ahora de forma independiente, como un liberalismo renacido de la noche a la mañana o una suerte de protosocialismo latente. El falangismo se había nutrido de esta cultura, pero en cuanto que posicionamiento ideológico-político, por lo menos en teoría, su razón de ser era la crítica al liberalismo y la diferenciación del marxismo. Por

(61) En la misma línea en artículo sin firma que se adjudica Jesús Núñez, publicado en el número 2 de *Cuadrante* de diciembre de 1946, vuelve a aparecer el asunto de la problemática social y la búsqueda de una salida política. En el artículo, titulado «A tal principio tal fin ¿Ante el fracaso de la democracia cristiana?», se recrimina, en un tono muy orteguiano, la inautenticidad de la democracia cristiana de posguerra. Se considera que su programa dulzón propio de «pastejeros políticos» no tenía un real programa que ofrecer. Era «frente a la violencia comunista –llena de tentaciones para una juventud recién salida del totalitarismo fascista– una blanda y calmada transigencia. Frente a un sentido que llega a exaltar la interpretación materialista de la vida al misticismo, una tibieza religiosa que le ha llevado a pactar [...] con el propio diablo [...]. Frente a un hecho de tanta trascendencia como la solución social del comunismo, unas vagas promesas de mejora de salario, seguros de enfermedad y de paro y una incapacidad absoluta para obrar». Es destacable que a pesar de que en este mismo artículo se califica al comunismo de «devastador [...] virulento y feroz» se reconoce que la «solución» que propone a la problemática social, tema recurrente en la retórica falangista, es mucho más atractiva para la juventud desorientada que las soluciones tibias de la política democratacristiana. Jesús Ruiz se adjudica la autoría de este artículo en entrevista con Laureano Bonet, BONET (1994): 268.

(62) E.L [Enrique Luzón, uno de los seudónimos de Sacristán], «Entre que gente estamos. Para un señor que nos habla del buen pueblo búlgaro», *Estilo* número 11, marzo de 1945, p. 4. El artículo ha sido publicado por Jordi Gracia, en su antología *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo*, GRACIA (1994): 101-102.

(63) MANN (2007): 11.

ello no creemos adecuado denominar a esta exacerbación del componente social del falangismo, en el contexto de crisis que describimos, como «falangismo liberal» o «falangismo de izquierda» (64).

Como hemos explicado antes, en base a las investigaciones de Moreno Pestaña, este reaparecer de la cultura proscrita está vinculado a las profundas alteraciones estructurales que implicó la victoria de Franco en la Guerra Civil. Modificaciones en la estructura de las posiciones intelectuales: reconversión de capital político en capital intelectual y la entrada de intelectuales falangistas a posiciones institucionales periféricas; y modificaciones en la estructura de las posiciones políticas: pérdida gradual de la especificidad de Falange frente a un Francisco Franco que monopolizó en su persona las principales fuentes de poder del Estado. Estas son, en líneas generales, las coordenadas que pueden ayudar a entender el posicionamiento crítico y la modificación del discurso relativo a los vencidos y a la cultura española.

Lo que ocurría era que ante la situación que dejaba la revolución fascista perpetuamente pendiente –haciéndose imposible la hipotética concreción del bienestar social, la descentralización, la expropiación de los terratenientes, y «el panestatismo que cons[eguiría] todas las eficacias» (65)–, los elementos de la cultura de preguerra sintetizados por el falangismo comienzan a manifestarse, a reaparecer. Pues eran, a la vez que la fuente intelectual falangista, el elemento que les diferenciaba de la organización intelectual dirigida desde el Estado. Bajo la forma de «recuperación» de la herencia cultural, pero no política de los vencidos, esta cultura funciona como sustento de una crítica, desde el falangismo hacia el régimen y como fundamento para pensar aún en una salida fascista propiamente española.

Se buscaba conectar con «la cultura encarnada en Revista de Occidente», aquella que a pesar de haber «desviado su trayectoria de la ortodoxia nacional en algunos momentos» había sabido sazonar «toda semilla que venía de fuera, con un regusto crítico de evidente signo nacional». En marzo de 1945 se celebraba, en *Estilo* número 12, la aparición de la revista *Leonardo*. *Leonardo* supo

«abrir la perspectiva [...] en nuestra existencia plana [...] ¿Revisar la trama de las teorías filosóficas, todas de procedencia germana, que entre nosotros van tomando carta de naturaleza? Nos parece una estupenda idea». Y su afán de «dar a conocer en sus verdaderos matices a García Lorca, Juan Ramón Jiménez, etc., tendrá un aire marcial de servicio a España» (66).

Unos meses más tarde en el número 15 de *Estilo* de mayo de 1945 cuyo titular era «LA PAZ», aparece un texto de Manuel Sacristán cargado de reminiscencias orteguianas, que lleva por título «Pregón Universitario: *Universitas*,

(64) Para el primero véase DÍAZ (1978), para el segundo véase MARSAL (1979).

(65) PAYNE (1997): 139.

(66) El fragmento como las citas del párrafo anterior son de J. A. Revilla y corresponden al citado número de *Estilo*.

Universitatem, Universitatis...». En él un Sacristán veinteañero se queja de «la falta de sabor profesional de los estudiantes», para luego contrastar «aquél prototipo de buen universitario que fue Corneliu Zelea Codreanu» –el líder fascista rumano que según sostiene Sacristán en este texto supo animar la vida universitaria en Iași–, con «el estudioso de estas latitudes, hombre insólito y aislado, como la lechuza, nocturno como el ave y desagradable y luctuoso de aspecto» (67).

El problema del deplorable estado cultural de España es una preocupación constante que aparece en *Estilo* y más aún en *Cuadrante*. En efecto, el editorial del número 3 de *Cuadrante* de marzo de 1947 es un alegato contra la marginación que sufre Ortega. Haciendo alusión a una reunión de pensadores que se celebró en Roma, se reprocha que no se haya enviado como representante de España a José Ortega y Gasset «–único muerto Unamuno– que encarna los principios de una escuela filosófica española». Y más adelante, en el mismo texto, aparece el deseo de independencia intelectual –que se ensayará con más fuerza en la revista *Laye*– por el que se pide, en palabras de los editores, «superar este carácter superpolítico de nuestro pueblo. Si es necesario [sostienen] reduzcamos la política a los límites de una actividad técnica. Pero evitemos que esta chata y sosa vida se prolongue». Consideraban inaceptable «que resquemores y miopías hagan que la primera cátedra universitaria española siga cubierta a precario» y alegan no llegar a comprender a causa de

«qué rara ceguera, la nación está contemplando tranquilamente cómo gente sin demasiada vergüenza mina o conquista sus instituciones culturales [...] a la sombra de nuestras universidades crecen hongos a la vez –paradoja suicida– parásitos y venenosos».

En *Cuadrante* número 2, p. 16, puede leerse un artículo sin autoría titulado «Una necesidad urgente. Ordenar la vida cultural española y dignificar las profesiones universitarias». En este texto, nuevamente henchido de reminiscencias orteguianas, se pide «que cada cual tenga su cultura», se pide altura y ejemplaridad en cada labor por sencilla que sea, pero especialmente se pide ejemplaridad a los dirigentes, ministros y servidores públicos.

Ahora bien, en lo relativo al segundo elemento que anunciamos como configurante de la beligerancia de Sacristán y sus cercanos, es decir, respecto a la crisis del falangismo a la que estos jóvenes se vieron enfrentados, la figura de Ortega resulta igualmente central. Ortega fue la base desde la cual estos jóvenes intentaban repensar un falangismo ya agotado: la vertebración de una España que querían unida pero también plural. Para García-Borrón y Sacristán –reunidos bajo el seudónimo *Mauri*– esto significaba «la defensa de la unidad fecunda frente a todo atávico regreso al clan o al hecho diferencial», a la vez que criticaban un centralismo basado en la ignorancia y el desprecio a lo desconocido

(67) Página 13.

caracterizado por el «hábleme a mí en cristiano» (68). Si la vis más doctrinaria del falangismo había filtrado del conjunto del pensamiento orteguiano los elementos que tensionaban una colaboración limpia a su fascismo, estos reaparecen en estos años de crisis, cada vez que se lee a Ortega en su conjunto. Reaparecen en el Sacristán que en tanto que aspirante a intelectual absorbía al Ortega tensionado por la búsqueda de una razón en el devenir histórico, al Ortega que intenta dilucidar la clave de un equilibrio deseado entre unidad y pluralidad, vanguardia y base, entre élite y masa, como elementos estructurantes de la vida y de la historia. Aunque cabe matizar que, como veremos a continuación, en 1947 Sacristán hacía todavía una lectura de Ortega en clave falangista.

Este segundo perfil de la beligerancia juvenil, problemática que es interna al propio falangismo, se puede sintetizar en la siguiente frase del editorial de *Cuadrante* número 2 de 1946: «No hemos sido vencidos ni somos vencedores. Pero el triunfo puede ser nuestro» (69). Lo que aquí aparece es el problema de qué hacer ante la derrota de los mayores, ante su revolución que naufraga. Esteban Pinilla de las Heras (70) ha dejado una huella de lo que fue este momento para él y sus coetáneos que cabe citar *in extenso* por el carácter sintético de un sentir común:

«En un buen día nos percatamos conscientemente de que no nos hallábamos en un momento cualquiera de la historia, [nos hallábamos en] un periodo de gestación de nuevas formas morales y sociales. Deben perdonarme el exceso de orgullo [y la] fe absolutista con que acogimos lo que llamábamos nuestro *Destino*. La providencia nos había deparado el tremendo *privilegio de ser forjadores de mundo* [...]. Los jóvenes que nos precedieron, a los veinte años habían sido «socialistas». *Nosotros fuimos alemanes* [...]. De súbito en un par de años, abandonamos el papel de sujetos de la historia para convertirnos en una banda de seres *sorprendidos al contacto con la realidad*. 1944, ha sido en este aspecto una fecha crítica para nuestra generación, tanto para los que seguían cual cosa propia la guerra iniciada por Hitler, como para los que eran adversarios de Alemania, *porque el problema no se hallaba planteado en nuestro espíritu en términos políticos-internacionales, sino en términos de nuestro sentido de la vida y nuestra concepción del mundo*».

Ante este choque de realidad, prosigue Pinilla de las Heras, los caminos que se transitaron fueron desde la persistencia en un totalitarismo cuya fe «ha variado de epicentro» hacia el «mesianismo religiosos a lo Donoso Cortés», pasando por la indiferencia política o el agudo pesimismo. Pero también, para algunos

(68) *Mauri* [seudónimo que designa trabajos escritos en colaboración entre Sacristán y García-Borrón], «El último brote primaveral del hombre planta», *Estilo* número 25, marzo de 1946, p. 3, citado de GRACIA (1993): 62.

(69) Como ya hemos dicho, la autoría Sacristán de este editorial es confirmada por Jesús Núñez a Laureano Bonet, BONET (1994): 215.

(70) Trabajo escrito para *Leonardo: Revista de las ideas y de las formas* –revista cultural en cuyo lanzamiento estuvieron involucrados el empresario Alberto Puig y su amigo Dionisio Ridruejo, colaborador asiduo de la efímera revista que se publicó entre 1946 y 1947–, MORENTO (2006): 356. Véase el texto completo de Pinilla de las Heras en BONET (1994): 233-238. Las cursivas son nuestra.

«la bancarrota de nuestro absolutismo» había abierto «nuevos caminos, para rehacer poco a poco, y sobre bases menos unilaterales, el sentido misional del que habíamos dotado a priori nuestras vidas» (71).

¿Qué puede significar este «rehacer sobre bases menos unilaterales»? A través del relato memorístico de José María Castellet tenemos noticias de lo que esto pudo representar para Sacristán. Según cuenta Castellet (72) en una conversación que sostuvo con Sacristán alrededor de 1944-1945, este sostenía que ante la tragedia de la guerra y el desenlace de derrota del fascismo, se imponía la tarea de «repensar» (73) toda la historia europea nuevamente, pues Hitler había «despilfarrado el gran pensamiento alemán», que él se proponía revisar, «reconstru[yendo] el hilo desde la antigüedad». Para ello contaba con su juventud y sus aptitudes intelectuales que debían perfeccionarse en las lenguas de la alta cultura: el griego y el alemán. Como vemos, Sacristán estaba abocado a una revisión de su fascismo desde el ángulo intelectual pero, a la vez, con una vis que le inclinaba desde el falangismo hacia la intervención político-social.

No hay aún una ruptura con el falangismo, sino una insistencia en él o si se quiere una reformulación que encontraba sentido, en estos años de posguerra, como contracara del franquismo. Evidencia de la posición política de Sacristán en esta etapa es un texto aparecido en *Cuadrante* en mayo de 1947 (74) titulado «Ya no existen las fuentecitas de Nuremberga». Este texto es una llamada a la participación política de los universitarios. Para ello Sacristán sigue el siguiente razonamiento.

Las fuentecitas de Nuremberga es un texto juvenil de Ortega que sirve de referencia a Sacristán para reflexionar sobre el compromiso político y el compromiso intelectual. La generación de Ortega y Unamuno (75), la generación

(71) Las cursivas son nuestras.

(72) CASTELLET (2010): 43.

(73) García-Borrón lo estaba haciendo a su modo «comprometido en la búsqueda de las fuentes del falangismo» a través de una serie de trabajos crítico-literarios que iban «desde las ideas internacionales de Vázquez Mella, “que sintió el imperativo poético de Falange”, hasta Donoso joven y liberal, llegando a Ángel Gabinet que opone enteramente a la “escuela de renegados del 98” y en quien encuentra de nuevo los fundamentos teóricos que ahora materializa Falange», GRACIA (1993): 51. En la misma línea de reformulación de su falangismo véase el trabajo de García-Borrón «De paseo por España con El Espectador», *Cuadrante* 3, marzo de 1947, al que Laureano Bonet (1994) ha dedicado un capítulo de su *Jardín quebrado. La escuela de Barcelona y la cultura del medio siglo*.

(74) Firmado Manuel [Sacristán] Entenza, «Ya no existen las fuentecitas de Nuremberga», apareció en *Cuadrante* número 4 de mayo de 1947 en las páginas 12 y 13, la citas que vienen a continuación corresponden a él. Agradezco a Laureano Bonet haberme facilitado una copia de este número de *Cuadrante*, difícil o quizá ya imposible de encontrar en las bibliotecas. Una interesante referencia a este texto, por la cual he tenido conocimiento de él, pude verse en BONET (1994): 271. En la misma línea véase E.L. [Enrique Luzón], «La hora de la confesión general y del propósito de enmienda», *Estilo* número 15, 20 de mayo de 1945.

(75) Sacristán agrega entre guiones «bien sé que cronológicamente no son exactamente las mismas», p.12.

del 98, es para Sacristán la generación de los maestros. Maestros que, siempre según Sacristán, vivieron su etapa universitaria en una época privilegiada, donde «parece ser que [...] los estudiantes inquietos podían canalizar su inquietud en lo que les es propio y sin salirse de ello: en el estudio». La superioridad intelectual que Sacristán veía en esta generación se justificaba por unas condiciones político-sociales que les permitieron vivir en la «torre de marfil» del intelectual, la cual habitaban en pleno «derecho [y] con delectación un poco morosa». Pero «si la generación de Ortega y Unamuno [...] vivió la guerra europea en plena edad universitaria», por el contrario, la denominada por Sacristán «generación intermedia» –que es la generación «que debe colocarse entre 1920 y 1936»–, «fue la que [...] recogió sus resultados espirituales». La generación intermedia «vivió la crisis de la conciencia política europea» y lo hizo de tal manera, sostiene Sacristán, que como universitarios sintieron que no era posible quedarse al margen de la política. En el nuevo contexto ya no será permisible la quietud, «la posibilidad de vivir fuera del ruido, en ese silencio de donde se sacan las únicas obras fecundas» (76). La «torre de marfil» ha quedado arrasada por la crisis política y ante ella esta generación, insiste Sacristán, no va a aceptar que «su misión fuera tan solo la de estudiar. Convencidos de trascender de las aulas, se urdieron una vida de trama múltiple, en las que los hilos políticos se vigorizaban a vueltas con las fibras intelectuales».

En este texto, como en los anteriores, se evidencia que para Sacristán el falangismo fue un referente político, pero también un referente intelectual. Intelectualmente hablando, la generación intermedia había mamado directamente de la generación anterior y sobre ella había creado «su vida espiritual, ideológica [y] política». Esto se mostraba, para Sacristán, en la elaboración que José Antonio había hecho en base a Ortega: «así ocurre [...] con la adopción política por J. A. Primo de Rivera de la doctrina orteguiana de Patria como unidad de misión, enunciada como unidad de destino en la Historia («Lo universal»).» En 1947 Sacristán compartía esta elaboración (77) y proponía se-

(76) La cita en este caso es de José Antonio Primo de Rivera recogida por Sacristán en el texto que comentamos.

(77) La diferencia en la interpretación que Sacristán hace respecto al uso joseantoniano del concepto de «Patria» de Ortega se puede apreciar con claridad si comparamos este texto con otro de principio de 1950. «El pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera», es un artículo que se redactó alrededor de 1952 para una Enciclopedia Política de la editorial Argos la cual finalmente no se publicó –hoy puede leerse en SACRISTÁN (2007)–. En este trabajo Sacristán «presenta un Primo de Rivera crítico del desarrollo del Estado liberal de fines del siglo XIX –«en la misma línea que las críticas socialistas»: rechazo de la falsa libertad de unos derechos que «son meros lujos para los favorecidos por la fortuna»–; opuesto al totalitarismo –a pesar de su retórica plagada de giros totalitarios y su admiración por Hitler y Mussolini–; y opuesto a la monarquía –la que J. A. Primo de Rivera declaraba «gloriosamente fenecida» en abril de 1931–, incluso, escribe Sacristán, de tendencia claramente republicana. Al mismo tiempo critica una concepción de la libertad fundamentada en la esencialidad de la religión, «el individuo como portador de valores eternos» que se integran políticamente en las instituciones nacionales, como fundamento ideológico del nacionalsindicalismo. La idea de la «substantividad de la patria» y el consecuente

guir el ejemplo del compromiso político falangista joseantoniano. La generación intermedia, sostiene Sacristán, a causa de su compromiso político, de su declarada decisión de «crear para afuera», no había dado de sí un fruto intelectual de la potencia de la generación anterior de los maestros. Si vivieron intelectualmente de sus predecesores, su originalidad está dada por su participación política. Sacristán quiere poner énfasis en el compromiso político falangista como un ejemplo digno de imitar en su contexto de universitario de 1947. El artículo se cierra así: «esta generación universitaria intermedia se impuso, pues, el deber de lanzarse a una vida de acción extrauniversitaria. El tiempo lo pedía. ¿Acaso no sigue pidiéndolo?».

Como bien ha visto Bonet (78), el referente político-intelectual del Sacristán falangista de 1947, como es bastante lógico, era la generación de 1936 cuyo maestro fue Ortega y cuyo profeta fue José Antonio. Referente al cual se le exigía fuese consecuente con un modelo ya inviable en el nuevo contexto que siguió al desenlace de la II Guerra. Un último ejemplo de esta posición es el siguiente fragmento firmado por el plural *Maurus* (79) (Sacristán y/o García-Borrón): «Como alguien ha dicho, la juventud tiene derecho a exigir a quien ha marcado una empresa [...] ha iniciado una preocupación, que haga por ella algo más que floridas lamentaciones de poesía bucólica o añoradas disquisiciones arqueológicas».

8. CONCLUSIÓN

Como hemos podido mostrar, el tránsito ideológico en la generación de 1950 es complejo. El alejamiento del ideario fascista, para el caso de Sacristán y algunos de sus compañeros de *Estilo* y *Cuadrante*, se manifiesta primero, como una crítica social y cultural al régimen de Franco. Bajo esta crítica latía un falangismo en crisis, tanto por su relativa marginación del centro del poder político, como también, por su subordinación a una institucionalidad dominada por el neotomismo percibiéndose de este modo como un modelo intelectual más atractivo para los jóvenes que la pauta cultural y filosófica oficial. Por lo cual, en esta primera etapa de beligerancia no hay aún una ruptura con el falangismo, sino más bien una insistencia en él, en su vertiente más radical o crítica desafortunadamente denominada «falangismo liberal» o «falangismo de izquierda». Para que, en el contexto de Sacristán, la crítica falangista al franquismo se tras-

ideal corporativo, es para Sacristán una «mistificación» de las tesis de Ortega en *España invertida*. El proyecto orteguiano de «vida en común», enraizado en el liberalismo clásico, pasa a Primo de Rivera en la idea de patria «como una unidad de destino en lo universal». Pues «las razones del antimarxismo joseantoniano [escribe Sacristán] no son político-económicas, sino histórico-morales», FERNÁNDEZ (2011): 34.

(78) BONET (1994): 272.

(79) *Maurus*, «Escritores que hacen política y políticos que hacen literatura», *Estilo* número 11, marzo de 1945, p. 5.

forme ya en una crítica al propio falangismo habrá que esperar hasta 1950 con la aparición de la revista *Laye*.

9. BIBLIOGRAFÍA

- BARRAL, C. (2001): *Memorias*, Barcelona, Península.
- BONET, L. (1988): *La revista Laye. Estudio y antología*, Barcelona, Nexos.
- (1994): *El Jardín quebrado. La escuela de Barcelona y la cultura del medio siglo*, Barcelona, Península.
- BOURDIEU, P. (1997) [1994]: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- y WACQUANT, L. (2005) [1992]: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CAPELLA, J. (2005): *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta.
- CASTELLET, J. (2010): *Seductores, ilustrados y visionarios*, Barcelona, Anagrama.
- DÍAZ, E. (1978): *Pensamiento español 1939-1972*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- ESTRELLA, A. (2011a): «Por una historia comparada de la filosofía: la formación del campo filosófico español y mexicano», *Daimon: Revista de filosofía*, número 53 (monográfico dedicado a la Sociología de la Filosofía en España), pp. 9-27.
- (2011b): *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P Thompson*, Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- FERNÁNDEZ, M. F. (2011): «Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico». *Daimon: Revista de filosofía*, número 53 (monográfico dedicado a la Sociología de la Filosofía en España), pp. 29-46.
- GARCÍA-BORRÓN, J. C. (1987): «La posición filosófica de Manuel Sacristán desde sus años de formación», *Mientras tanto*, número 30-31, pp. 41-55.
- (2004): *España del siglo xx. Recuerdos de un observador atento*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- GRACIA, J. (1993): «Los orígenes intelectuales de *Laye* en dos revistas de SEU, *Estilo y Quadrante*», *Anuari de Filologia*, XVI, 4, 47-70.
- (1994): *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960)*, Barcelona, PPU.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., RUIZ CARNICER, M., BALDÓ LACOMBA, M. (2007): *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- JULIÁ, S. (2004). *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- *et al.* (2007). *La España del siglo xx*, Madrid, Siglo XX.
- LÓPEZ ARNAL, S. & DE LA FUENTE, P. (eds.) (1996): *Acerca de Manuel Sacristán Luzón*, Barcelona, Destino.
- MANN, M. (2007) [2004]: *Fascistas*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.

- MANNHEIM, K. (1993) [1928]: «El problema de las generaciones», *REIS*, número 62, pp. 193-242.
- MARSAL, J. (1979): *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península.
- MAUGER, G. (2006): «Entre compromiso político y compromiso sociológico», en *Pierre Bourdieu y la Filosofía*, Moreno Pestaña y Vázquez García, eds., Barcelona, Montesinos.
- MORÁN, G. (1986): *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España. 1939-1985*. Barcelona, Planeta.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2006): «Consagración institucional, consagración intelectual, autonomía creativa. Hacia una sociología del éxito y el fracaso intelectual», *Telos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, Vol. XV, número 2, pp. 73-107.
- (2008): *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez, genealogía de un pensador crítico*, Madrid, Siglo XXI.
- (2011): «Los usos del concepto de generación en la filosofía española de los años 1940: racionalizaciones biográficas, trayectorias académicas y tradiciones teóricas», *Daimon. Revista internacional de filosofía*, número 53, pp. 117-143.
- (2013): *La norma de la filosofía. Para una genealogía del patrón filosófico español*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MORENTE, F. (2006): *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis.
- PAYNE, S. G. (1997): *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta.
- RIERA, C. (1988): *La escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma, Goytisolo, el núcleo poético de la generación de los 50*, Barcelona, Anagrama.
- RUIZ CARNICER, M. (1996): *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI.
- SACRISTÁN, M. (2007): «El pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera», en *Manuel Sacristán. Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, A. Domingo Curto, ed., Madrid, Trotta.
- THOMÁS, J. M. (2001): *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F. (2009): *La filosofía Española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada.

